

Afganistán: La última frontera de China

Ahmed Fawzi Mostefai¹

El Corredor de Wakhan

Durante el apogeo del imperialismo europeo en el siglo XIX, Gran Bretaña mantuvo un temor infundado sobre una posible invasión del Imperio Ruso a su posesión de ultramar más preciada: el Raj Británico, un territorio que hoy abarca las naciones de Bangladesh, Birmania, India, Nepal, Pakistán y Sri Lanka. Ambos imperios estaban separados por el Emirato de Afganistán, el cual en gran parte había mantenido su soberanía gracias a servir como “colchón” entre ambas potencias. Sin embargo, una pequeña franja de tierra al oriente, Wakhan, aun constituía una frontera directa entre el Imperio Ruso y el Raj Británico.

Era por esta franja ubicada en la Cordillera del Pamir -la quinta más alta del mundo- que Londres temía que Rusia enviara sus tropas con el fin de apoderarse de un puerto en el Océano Índico. Si bien hoy en día los historiadores concuerdan en que este temor no se debió más que a paranoia pura, esto fue suficiente para suscitar la animosidad, el distanciamiento diplomático y una serie de escaramuzas entre Londres y Moscú a lo largo del siglo, un periodo que más tarde sería apodado “El Gran Juego”. Este culminó a finales del siglo XIX con la firma de acuerdos fronterizos entre los imperios y el Emirato de Afganistán, cediendo a este último las montañas y el corredor fluvial que anteriormente separaba el Raj Británico del sur de Rusia Central.

¹ Ahmed Fawzi Mostefai es profesional en Relaciones Internacionales de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

La región de Wakhan es hogar de sólo unos pocos grupos nómadas y por consiguiente no ha sufrido la violencia que sacudió al país luego de la intervención militar estadounidense en 2001. El extremo oriente del corredor constituye la frontera entre Afganistán y China, la más corta para ambos países con tan solo 92 kilómetros y medio de longitud.

Las relaciones Afganistán-China

El entonces Reino de Afganistán fue uno de los primeros países en reconocer a la República Popular China en 1955, solo seis años después de su fundación. En ese mismo año Kabul abrió su representación diplomática en Pekín y en 1963 se firmó el tratado que delimitó las fronteras actuales.

Los primeros años de las relaciones entre ambos países estuvieron marcadas por el distanciamiento entre China y la Unión Soviética -también vecina de Afganistán- y los intentos de Pekín por distanciar a la URSS de Afganistán, pues China consideraba que la esfera de influencia soviética sobre Afganistán era una forma de “cerarla”. Si bien los lazos comerciales no crecieron considerablemente, durante este periodo, se dieron importantes visitas de alto nivel, incluyendo la del presidente chino Liu Shaoqi en 1966.

En 1978, miembros del Partido Democrático Popular de Afganistán con el apoyo de la Unión Soviética derrocaron el gobierno de Mohammed Daud Khan, un miembro de la familia real que seis años antes había sacado del poder a sus parientes y proclamado un gobierno republicano. Un año más tarde, militares soviéticos ingresaron a Afganistán con el pretexto de proteger la revolución. Ante esa manifestación del expansionismo soviético en la región, China expresó inmediatamente su descontento y no tardó en enviar, con el apoyo tácito de los servicios

secretos estadounidenses, material militar y ayuda logística a los islamistas que combatían contra el gobierno de Kabul y las fuerzas soviéticas. Iniciando el siglo XXI, al igual que EE. UU., China se daría cuenta del efecto contraproducente que su apoyo a los muyahidines tendría en su política doméstica.

No obstante la caída de la URSS, la década de violencia que Afganistán sufrió desde la invasión soviética hasta la retirada de los militares en 1989 había dejado al país en ruinas y a pesar de su cercanía histórica, China, preocupada por la inestabilidad política que cernía a su alrededor, decidió cerrar su embajada en Kabul en 1993, una medida acertada en ese entonces teniendo en cuenta que sólo tres años más tarde el grupo fundamentalista islámico de los talibanes, autodenominado el Emirato Islámico de Afganistán, llegaría al poder tras apoderarse de la capital. El aislacionismo, la xenofobia y las violaciones abiertas a los Derechos Humanos cometidas por el régimen talibán hizo de Afganistán un Estado paria a los ojos de la comunidad internacional y no fue sino hasta el año 2000 que China sostuvo reuniones de alto nivel con el gobierno teocrático, la primera de las cuales se produjo entre el embajador chino en Pakistán Lu Shulin y el líder talibán el Mulá Mohammed Omar.

La intervención militar de la OTAN y la inserción económica china en Afganistán

A pesar de que, al igual que Rusia, China no permitió el tránsito de tropas ni el uso de sus instalaciones militares por parte de las fuerzas de la coalición durante la invasión de Afganistán en 2001, Pekín sí apoyó esto y aplaudió el ingreso de las fuerzas de la OTAN a Afganistán pues consideraba que su vecino debía encontrar la estabilidad política a cualquier precio.

En 2002 China reabrió su embajada en Kabul e inmediatamente ofreció ayuda financiera para

la reconstrucción del país, aunque inicialmente la falta de planeación en este aspecto fue fuertemente criticada por los países de occidente y Japón, cuyo gobierno ha abanderado los esfuerzos de reconstrucción y los proyectos de ayuda humanitaria en Afganistán.

China también mostró desde muy temprano su interés en invertir en la infraestructura afgana. A propósito, Huawei llevó el servicio de telefonía móvil a cientos de miles de hogares afganos a principios de siglo, y, a pesar de los retos de la precaria situación de la infraestructura de telecomunicaciones en Afganistán, el país fue incluido en el proyecto de la Ruta de la Seda Digital, una novedosa iniciativa que unirá a China con sus vecinos mediante una red de fibra óptica de punta. Esto acelerará el flujo de información entre los países conectados y dará una ventaja considerable a las compañías chinas en redes 5G, Inteligencia Artificial y otras tecnologías emergentes.

En materia comercial, China logró posicionarse como uno de los principales socios de Afganistán antes de que terminara el primer decenio del siglo XXI. Sin embargo, como sucede con prácticamente todos sus socios comerciales con excepción de la India, Afganistán mantiene un déficit comercial enorme con China y tanto importaciones como exportaciones se limitan a bienes de consumo.

A manera de facilitar el ingreso de bienes intermedios y de capital a la vez que se incrementa el flujo comercial, Afganistán debe mejorar la conectividad con sus vecinos. China rehabilitó en 2016 la vía férrea que conecta a la provincia norte afgana de Hairatan con Nantong, en el extremo oriente chino, así como el ferrocarril que cruza a las antiguas exrepúblicas soviéticas de Asia Central. Con esto, China busca, entre otras cosas, acortar el transporte de petróleo y derivados petroquímicos afganos para su Mercado y otros del Pacífico, a la vez que facilitar el

ingreso de maquinaria pesada y otros productos industriales a Afganistán.

Otra iniciativa en la que China ha mostrado su interés es la del Puente Aéreo Comercial para Afganistán, un proyecto promovido por el gobierno turco y varias líneas aéreas de carga, que ven en el transporte aéreo una alternativa distinta al transporte de carga terrestre, mediante la implementación de precios de fletes aéreos preferenciales.

A manera de fortalecer el escuálido sector productivo afgano desde el 2002, China ha invertido más de 10,000 millones de dólares en la economía del país. Los dos principales proyectos económicos financiados por China son la mina de cobre Mes Aynak, situada en las afueras de Kabul, y dos, la extracción y refinamiento de crudo en la provincia norteña de Fayrab -la cual se beneficia de la ya mencionada conexión ferroviaria con China. Estos grandes proyectos muestran las dos caras de la situación de seguridad en Afganistán: mientras el primero de esos proyectos no ha podido iniciar operaciones tras más de una década debido a los constantes ataques a sus trabajadores por parte de grupos armados, el segundo se pudo llevar a cabo sin mayores contratiempos dada la tranquilidad relativa que goza la región fronteriza entre Afganistán y Turkmenistán.

A pesar de que ambos países firmaron tratados de cooperación económica y comercial en 2006, la coordinación en temas comerciales ha sido difícil, la mejor muestra de lo cual es la limitada participación que tiene Afganistán en la iniciativa comercial china de la Franja y la Ruta. Afganistán ha brillado por su ausencia en este megaproyecto, el cual busca conectar mediante ruta terrestre y marítima a los países de la región con Europa, África e incluso América, intentando revivir la época dorada de la Ruta de la Seda, en la cual Afganistán jugó un papel central debido a su ubicación.

De lograr una mayor inserción en el mencionado proyecto, Afganistán podría convertirse en una ruta alterna a las mercancías que entran y salen del puerto de Gwadar en Pakistán, el cual espera convertirse en el epicentro del comercio chino en la cuenca del Océano Índico. Por otra parte, la entrada de Afganistán en la iniciativa de la Franja y la Ruta abriría la puerta a una mayor interconectividad de las redes de oleoductos y gasoductos de Asia Central. Esto respondería a la creciente demanda energética del sur de Asia en los próximos años.

Aunque el gobierno afgano y el estadounidense han pedido al gobierno chino abrir la frontera entre la provincia de Sinkiang y Wakan a fin de fomentar el desarrollo en ambos lados, China se niega de manera rotunda basada en su temor de que este corredor pueda ser usado por grupos terroristas y traficantes de drogas.

China como mediador en Afganistán

Tal vez el pilar más importante de la política exterior China es el de la no intervención en asuntos extranjeros. La férrea adhesión de Pekín a este principio le ha ganado el respeto de la comunidad internacional y ha legitimado su puesto en el Consejo de Seguridad de la ONU y como líder del Movimiento de Países No Alineados. No obstante esto, Afganistán se perfila como un Estado que suscita para China un cambio dentro de esta práctica.

El nuevo milenio trajo nuevos problemas para Pekín, pues los líderes muyahidines chinos que lucharon contra los soviéticos en Afganistán crearon su propio movimiento secesionista de Sinkiang, de donde provenían la mayoría de ellos. El Movimiento Islámico de Turkestán Oriental, fundado en 1989, ganó prominencia internacional en los años anteriores a las

Olimpiadas de Pekín de 2008 debido a un número de atentados terroristas en Urumqi, capital de la provincia de Sinkiang.

El grupo de corte ideológico salafista exige la independencia de Sinkiang, argumentando las diferencias étnicas, culturales y religiosas de la población local, los Uigures. El uso de la violencia y los vínculos del grupo con Al Qaeda y otras organizaciones extremistas en Asia Central suscitaron medidas encaminadas a reducir el extremismo religioso en la región por parte del gobierno chino, algunas de las cuales han sido fuertemente criticadas por la comunidad internacional que teme que estas medidas limiten las libertades personales de los uigures.

El miedo del gobierno chino a que el conflicto afgano se pueda extender al interior de sus fronteras y alimentar el sentimiento secesionista en Sinkiang es uno de los principales motivos por los cuales el Corredor de Wakhan permanece cerrado. Reportes sobre la presencia de militantes uigures en campos de Al Qaeda en la frontera Afganistán-Pakistán y en países vecinos como Uzbekistán preocupan profundamente a Pekín, que teme que los ataques terroristas junto con los problemas socioeconómicos que afligen a su región occidental puedan convertirse en una traba sustancial al desarrollo armonioso del proyecto de la Franja y la Ruta.

Como una manera de contener la propagación del extremismo religioso, China celebró diálogos con el régimen Talibán antes de su caída. En ellas este último se comprometió a no permitir la presencia de militantes uigures en Afganistán. Luego del derrocamiento del régimen y su eventual levantamiento armado contra las fuerzas de la OTAN y el ejército afgano, China comenzó a desenvolverse como mediador en los diferentes diálogos de paz multilaterales que buscan poner fin al conflicto entre el gobierno de Kabul y los militantes talibanes.

La mediación de China con los talibanes se ha visto fuertemente supeditada, desde el principio, a los intereses de su vecino y gran aliado en: Pakistán. La presión que Pekín ejerce sobre Pakistán se limita considerablemente cuando de Afganistán se trata. Si bien limitar la presencia de grupos fundamentalistas armados en territorio chino es un interés reconocido por Islamabad, las relaciones Pakistán-Afganistán poco se ven influenciadas por los intereses chinos. Esto debido, en parte, a que Pekín teme que un mal paso pueda poner en jaque su estrecha relación con Islamabad.

El reciente distanciamiento entre Kabul e Islamabad a raíz de la muerte del Mulá Mohammed Omar en 2013 -lo cual dividió el liderazgo talibán-, complicó aún más las cosas. El grado de complejidad que se observa en el proceso de paz afgano ha hecho que China pierda interés en este proceso. Aunque en la actualidad Pekín sigue siendo una pieza clave en los diálogos, pareciera que su presencia se debe más al inconformismo que las partes han expresado hacia algunos de los otros mediadores (Rusia en el caso del gobierno afgano y EEUU en el caso de los talibanes) y al interés de Pekín en mantener su imagen como un intermediario neutral y confiable que a su visión de que la paz en Afganistán se puede lograr en corto plazo.

Por este motivo, la salida de las tropas de la OTAN de Afganistán despierta en Pekín la incertidumbre de que esto pueda conducir de nuevo a la anarquía y así, Afganistán sea usado como una base para propagar el extremismo religioso e inflamar el sentimiento secesionista de Sinkiang. Aunque China ha fortalecido la cooperación militar con el gobierno de Kabul en los últimos años, al punto que una nueva base militar del Ejército Afgano al norte del país será construida por una compañía China, un eventual vacío de poder en el país sería más difícil de manejar debido a las divisiones entre los talibanes y a la presencia de nuevas redes terroristas en la región.

La situación actual parece indicar que el interés que tiene China en lograr la estabilidad en Afganistán y de que este país pueda unirse a la iniciativa de la Franja y la Ruta ocupa un segundo lugar frente a la necesidad de mantener la estabilidad en el occidente chino. Pekín no está dispuesto a arriesgar su amistad con Pakistán presionando a su vecino a adoptar una actitud fuerte ante las organizaciones terroristas que operan en su territorio, a veces con la aprobación tácita de Islamabad. De igual manera, Pekín no está dispuesto a presionar a Pakistán para que lime sus asperezas con el gobierno de Kabul y a asuma un papel más activo en la resolución del conflicto afgano.

China tampoco está dispuesta a arriesgar su imagen internacional intentando apropiarse de la situación de seguridad en Afganistán, mucho menos cuando esto podría suscitar la ira del gobierno pakistaní y la de grupos terroristas que querrá, como respuesta, desestabilizar a la región de Sinkiang.

Por último, aunque los esquemas de cooperación bilateral y de reconstrucción sigan creciendo, el panorama del conflicto afgano muy probablemente limitará el desarrollo y puesta en marcha de nuevos proyectos económicos y de infraestructura chinos en el país. Parece, pues, que la participación de Afganistán en la Franja y la Ruta será meramente nominal mientras no existan verdaderas garantías de seguridad y la mínima estabilidad en el aparato político del país.

Fuentes consultadas:

- Clarke, M. (2016). "*One Belt, One Road' and China's emerging Afghanistan dilemma*" Australian Journal of International Affairs.
- Railway Gazette International (2019). "*Afghanistan – China rail freight service sets off*".
- Stone, R. (2019). "*Slowly but surely, China is moving into Afghanistan*" TRT World
- Huasheng, Z. (2016). "*Afghanistan and China's new neighbourhood diplomacy*" International Affairs.
- Umarov, A. (2017). "*Assessing China's New Policy in Afghanistan*" Central Asian Affairs.
- Yongbiao, Z. (2018). "*China's Afghanistan Policy since 9/11*" Asian Survey.
- Chaziza, M. (2018). "*China's Peace-Maker Role in Afghanistan: Mediation and Conflict Management*" Middle East Policy.
- Sharma, R. (2019). "*Afghanistan: discerning China's westward march*" Asian Affairs.